

MEMORIA ANECDÓTICA PERSONAL DE UNAMUNO Y UN RETRATO SUYO DE LA ESPOSA HASTA HOY INÉDITO

Personal Anecdotes Concerning Unamuno and a Heretofore Unpublished Portrait of His Wife

Francisco VEGA DÍAZ (†)
Madrid (España)

BIBLID [0210-749X (1996) 31]

Ref. bibliogr. VEGA DÍAZ, Francisco. Memoria anecdótica personal de Unamuno y un retrato suyo de la esposa hasta hoy inédito. *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 1996, 31, páginas 183-187

Durante una reciente estancia en Salamanca, me sentí enclaustrado, una vez más, en el recuerdo de don Miguel de Unamuno. A él debo una de las más aleccionadoras desilusiones de mi juventud con la que marcó, casi a fuego, el escaso caudal literario de mi futura y pobre existencia. La comenté en escritos anteriores (*Papeles de Son Armadans*, 1968; *El País* 1986), pero ese último viaje me ha hecho revivir otros tres contactos que con Unamuno mantuve. Hoy los reuno pensando que a algunos puedan anecdóticamente interesar.

I. A mis veintitrés y veintiséis años, publiqué dos libritos de poesía, muy vanguardista el primero, titulado "*Decantación en verso*" (1929), algo menos el segundo (1932), de título "*Cántico callado*". De aquel entregué el primer ejemplar a Ramón Gómez de la Serna un sábado, cuando éste salía de la *Revista de Occidente* en dirección a Pombo; leyó la portada y, con una de sus vocingleras carcajadas, me espetó: "Con esa decantación parece tirarse usted a los fondos infernales". Era el presagio de una orcinia condenación futura.

En mayo de 1930, llegado Unamuno a Madrid después del exilio en Fuerteventura y Francia, fui de los que le recibieron en la Estación del Norte y le

acompañaron en manifestación masiva Cuesta de San Vivente arriba. Su emoción ante la multitudinaria recepción se evidenciaba en la tez pálida y en la voz temblorosa, al borde del llanto; pero siguió a pié, hasta que sus amigos le obligaron a subir a un automóvil. Muy pocos días después, en “su Ateneo”, me creí en condiciones idóneas para dedicarle mi primer engendro. Redacté una dedicatoria respetuosa que no recuerdo, seguramente cursí y pedante, y lo llevé más de una semana en el bolsillo, pues Unamuno siempre iba acompañado y me avergonzaba entregárselo en presencia de otros. Por fin, un día me crucé a solas con él en el descansillo de la escalera, y un tanto nervioso, se lo dí. Mirándome con aquella mirada azul de pajarillo, se quitó los lentes de puente y cordón negro y me contestó, sobre poco más o menos: “Gracias, muchacho. ¿Primer libro de versos? Le deseo éxito. ¿Usted no suele sentarse en los brazos de una de las butacas cuando nos reunimos en el salón?”. Al darme cuenta de que, por la razón que fuera se había fijado en mí, me sentí inconscientemente orgulloso, y casi me pavoné por los adentros.

Pasado un mes o más nos cruzamos de nuevo otra tarde en la escalera y, como si el lugar le hubiera picado mnemotécnicamente, se detuvo en seco y me preguntó si era yo el joven que en aquel mismo lugar le había entregado un libro titulado...: “Decantación, en verso”, le respondí: “En efecto, de-can-ta-ción [silabeando]. Óigame –vino a decirme–, usted parece espabilado pero, ¿por qué no se dedica a otra cosa?”. Ante mi ostensible y avergonzada reacción siguió: “Tiene usted un caos en la cabeza que le hace de-can-tar el sentimiento poético. La poesía no puede ser de-can-ta-da sino, en todo caso, cantada. Tampoco es cosa de pesas y medidas. No y no. Y el sentido del verso no hay que averiguarlo sino sentirlo, verlo, olerlo, palparlo. La poesía ha de ser estremecedora, como nuestras vidas; de carne, hueso y espíritu, pero no jeroglífica, como a veces hace usted. Usted siente la poesía, pero la quiebra, la mata y después, la deja caer al fondo. Perdóneme la brusquedad”.

Coincidió con Ramón al condenarme, aunque éste lo hacía con risotadas greguerías y Unamuno en tono muy serio. El final me lo dijo con una amable sonrisa de arrepentido ante mi acoquinamiento; pero siguió: “Siga usted, muchacho, el camino que le marquen su vocación y su hambre de vida [¿con qué precisión recordé siempre estas palabras!] y procure hacer poemas en los que vibren el alma, el cuerpo y Dios; muestre crudamente sus entrañas”. Venía a decir, pero al revés, lo mismo que Ramón; ahora bien, quien en este caso lo hacía era nada menos que don Miguel, mi apóstol, que me lanzaba a los infiernos.

(Siete años antes, 1923, Unamuno había contado en dos artículos idénticos que hallándose en Valladolid, alguien había hablado de un médico diciendo que además era poeta, a lo que don Miguel respondió con vehemencia: “Además, no; no se es poeta además. Diga usted más bien que, además, es médico”). Seguramente su poesía no sería de vanguardia.

Días después, nada más sentarme en el brazuelo de un butacón que ocupaba don Amós Salvador para hablar de él con otras cosas, Unamuno, en presencia de los otros contertulios, se dirigió a mí de este modo: “He estado muy duro con usted el otro día, joven. La juventud nunca es falsa, pero como su poesía me lo

pareció, usted pagó las consecuencias de mi rabieta. Me enardece y duele que los jóvenes se contagien”. Y continuó sobre poco más o menos de esta guisa: “Dedica usted alguna composición a Juan Ramón Jiménez, a García Lorca, a Alberti, y estos son poetas de verdad hasta en los escarceos su-per-rea-lis-tas” [también silabeando] de los dos últimos. Y terminó de esta manera: “Para usted traigo este librito, que me salió de la mollera y del corazón, no de la física, y que no ha sufrido decan-ta-ción. Quiero dedicárselo. ¿Cómo se llama usted que no me acuerdo? Déme una pluma”. Se la di mientras veía la rojinegra greca de la portada y adiviné que era “El Cristo de Velázquez” con las cubiertas y los bordes intonsos. Con la estilográfica en la mano se interrumpió unos segundos para preguntarme qué estudiaba. Confirmó su preconcebida idea de que era medicina, y escribió en primera página: “A Francisco Vega, que cree puede llegar a ser médico por el camino de la poesía. Miguel de Unamuno”. La fecha fue puesta después por mí. Apreté el libro contra el pecho y con sólo un hilo de voz por la emoción, le di las gracias. Unamuno con ese gesto me absolvía de la condenación. Durante mucho tiempo conservé la libreta de hule negro y papel cuadriculado en que durante muchos años iba yo transcribiendo las anécdotas o frases que me llamaban la atención. En este caso mi anotación de la apabullante crueldad fue inmediata. Su libro me fue robado en un registro inmediatamente después de la guerra civil, quizá siga en alguna biblioteca privada como testimonio de una triunfante fechoría, o alguien lo habrá vendido en librerías de lance.

II. Estaba yo una mañana –no localizo la fecha, pero pocos años después de la anécdota anterior– en el Paseo de la Castellana esquina a la calle del Marqués de Riscal, esperando el tranvía nº 45 que me habría de conducir a la tempranera clase quirúrgica del profesor Cardenal en la Facultad de Medicina de Atocha, cuando vi venir a don Miguel sólo, paseando, con las manos cruzadas por detrás del cuerpo, pelo blanco al aire, largo chaleco negro y su conocido aspecto de cura protestante de entonces. Venía desde la Residencia de Estudiantes, donde por aquellas fechas se hospedaba; otras veces lo había visto desde el tranvía a la misma hora, pero acompañado. Pirándome la clase, me acerqué a saludarle y sorpresivamente me acogió muy atento. Hube de responder a las muchas y sucesivas preguntas que me hizo; una me afectó muy especialmente: porqué no trabajaba con su gran amigo el profesor don Agustín del Cañizo. Me pidió opinión sobre algunos temas estudiantiles y sobre ciertos maestros; y sin dejarme continuar me interrumpía con sus noes. “No, no basta”; “No, no es eso”; “No, al contrario” etc., y a renglón seguido el pertinente comentario explicitante de sus ideas opuestas al respecto. Yo me iba sintiendo constreñido, aplastado, pues en casi nada acertaba con sus criterios. Cuando estábamos a mitad del paseo de Recoletos debí decirle algo con lo que inconscientemente le mostré tristeza por su actitud y me dolí por su trato y, en el acto, desapareció el contradictor de minutos antes, transformándose en el hombre más afectivo, comprensivo y maternal que pudiera imaginarse. No estaba descaminado Blanco Aguinaga cuando hablaba de la ternura de Unamuno para con la especie humana y de su aspereza con el individuo pensante.

III. En el curso inaugural de la Universidad Internacional de Verano de Santander, 1933, hoy llamada Menéndez y Pelayo, varias veces me encontré con Unamuno que allí era como un dios para los españoles y los extranjeros; sólo voy a citar dos anécdotas pues las otras son inconsistentes. La primera, fugacísima fue con motivo de una brusca tormenta que nos cogió en los pinares que bordeaban el mar. Paseaba don Miguel con la chaqueta colgada del brazo y el chaleco desabrochado y yo estaba sentado con una compañera en el borde del roquedal, cuando se desató un tormentoso chaparrón que nos hizo a todos correr y protegernos insensatamente debajo de un pino, donde ayudé a Unamuno a secarse la cabeza y tapparla con la propia chaqueta; pero en aquel instante cayó un rayo en las proximidades y Unamuno salió huyendo y gritando: “¡Debajo de un árbol, no! ¡Vámonos de aquí!”. Naturalmente los tres salimos corriendo hacia el palacio.

La segunda creo que tiene especial gracia. Unamuno, gran madrugador, ya estaba diariamente a las ocho de la mañana en el salón del Palacio de la Magdalena para leer el periódico del día. Yo, simple médico recién licenciado, hacía lo mismo. Lógicamente, a esa hora coincidíamos con el personal de la limpieza. Un gran investigador irlandés pretendía sobrepasarse con una de las jóvenes que limpiaban los cristales de las grandes ventanas. Pasados ya sesenta años del suceso, no tengo por qué silenciar el nombre de aquél. Era el profesor George Barger, de Edimburgo, premio Nobel por descubridor de la parathormona, que daba un cursillo de conferencias. Sospechando que a aquellas horas nadie le vería cogía a la limpiadora por el brazo y hasta por la cintura intentando besarla, a lo que ella oponía una resistencia tenaz. Con cierto descaro me atreví a contárselo a Unamuno por la tarde; éste se solía sentar a leer la prensa aislado, en una butaca que colocaba delante del ventanal y frente por frente a este, es decir de espaldas al salón y en contra de la luz, quizá por su deseo de mirar el paisaje marino en los períodos intercalares de la lectura o para no ser visto y molestado. Unamuno me pidió que le avisara disimuladamente si el asalto se repitiera, y al siguiente día puso su butaquita de espaldas al ventanal, pero tapándose la cara con el diario. Cuando Barger inció sus tretas le avisé desde mi silla tosiendo muy levemente y Unamuno pudo contemplar por encima del periódico los nuevos intentos del donjuan. Entonces con gran sorpresa, vimos a éste descolgarse por la ventana al jardín (había escasa altura) y volver por la puerta con dos o tres rosas que, tras un nuevo intento, no logró que ella aceptara. Por último, Barger se puso de rodillas por detrás de un sofá pidiendo perdón a la interesada, Unamuno se desternillaba de risa, temblándole el diario con que se ocultaba. Terminado aquel acto teatral y fuera ya del salón la empleada y el Nóbel, Unamuno se levantó para salir de la sala, se detuvo un instante al pasar junto a mí, y con gran regocijo y en voz baja, me dijo: “Yo no sé para qué sirve esa hormona de la que usted me habló, pero debe ser bastante estimulante...”.

Azorín otorgaba la más ínclita admiración a Unamuno y, entre otras cosas, me obsequió con un dibujo-retrato que éste había hecho a su esposa, realizado a lapiz y pluma; parece como si lo hubiera hecho en la misma mesa en que don Miguel trabajaba y mientras la esposa tejía calceta próxima al balcón. De exce-

lente precisión dibujística, es una encantadora demostración del profundo amor que profesaba a su ejemplar esposa, y que se imponía sentimentalmente a sus quehaceres literarios y filosóficos. Sobre la mesa camilla tenía Azorín, en sus últimos años, solamente el retrato de Unamuno enmarcado y calificaba a éste de "monstruo de la literatura española contemporánea", en el más encomiástico sentido del vocablo. Otros grandes hombres lo tienen igualmente en lugar privilegiado (Laín, Marías, etc.).

Directa y personalmente sólo contacté con Unamuno en las ocasiones citadas; escasas, pero que bastaron para dejarme drogado de unamunismo. Tal era el respeto que desde la adolescencia me inspiraba. Pienso que quienes pudieron compartir con él extensos períodos de su existencia (pocos quedarán de sus verdaderos amigos), debieron haber sido víctimas de sobredosificación.

Mirando a Unamuno desde la perspectiva político social, y aún dando por anticuado y casi desvalorizado el antiguo sentido del vocablo patriotismo, ¿cómo explicar la actual inanidad de las actitudes y de los sentimientos hispanos, una vez lograda (¿por arte de birlibirloque?) la mejor democracia convivencial que hemos conocido? Pienso que acaso podamos acabar por perderla, víctimas de la generalizada mezquindad de pensamiento. Los hombres de la calidad y el temple de Unamuno nacen sólo de Pascuas a Ramos y su recuerdo sacude en la conciencia como un latizago. Claro que siempre hubo y habrá seres inmunes a éste.

